

Thien Tao, or The Synagogue of Satan

Thien Tao, o la Sinagoga de Satán

Aleister Crowley

ABADÍA ARGENTUM

Thien Tao

o la Sinagoga de Satán

Un ensayo político

> Mi objeto, tan sublime,
> lograré con el tiempo:
> ¡que la pena se ajuste al crimen,
> que la pena se ajuste al crimen!
>
> W. S. Gilbert

I

(«La decadencia de las costumbres»)

Puesto que nadie puede tener la presunción de dudar de la demostración de Santo Tomás de Aquino de que este mundo es el mejor de los mundos posibles, se sigue que la condición imperfecta de las cosas que estoy por describir solo puede darse en algún otro universo; probablemente todo el asunto no sea más que una ficción de mi imaginación enferma.

Pero si así fuera, ¿cómo conciliar la enfermedad con la perfección? Claramente algo anda mal aquí; el aparente silogismo resulta, al examinarlo, un entimema con una Mayor suprimida e imposible. Por este camino no se avanza, y lo que tontamente tomé por una manera fácil y cómoda de deslizarme en mi relato resulta ser el más ciego de los callejones sin salida.

Debemos empezar, por lo tanto, mediante el simple y austero procedimiento de empezar.

La condición del Japón era en aquel tiempo (¿qué tiempo? Aquí ya tenemos problemas con el historiador. Pero permítaseme decir que no toleraré interferencia alguna en mi relato de parte de toda esa gente aburrida y sensata. Sigo derecho adelante, y si las reseñas son desfavorables, uno siempre tiene el recurso del suicidio) peligrosamente inestable. La aristocracia guerrera de la Cámara Alta había sido tan diluida con queseros prósperos que la adulteración se había vuelto una virtud tan lucrativa como el

adulterio. En la Cámara Baja todavía se estimaba la inteligencia, pero se la había interpretado como la maña de aprobar exámenes.

La reciente extensión del sufragio a las mujeres había convertido al Yoshiwara en la más formidable de las organizaciones políticas, mientras que el vigor físico de la nación se había visto gravemente menoscabado por los efectos de una ley que, al asegurar a todos los trabajadores, en caso de lesión o enfermedad, una renta vitalicia en el ocio que jamás habrían podido obtener de otro modo con el más esforzado trabajo, los alentaba a descuidar por completo su salud. La formación de los sirvientes, en efecto, consistía en aquel tiempo únicamente en una cuidadosa instrucción práctica en el arte de caerse por las escaleras; y el hombre más rico del país era un ex mayordomo que, a fuerza de romperse la pierna en no menos de treinta y ocho ocasiones, había obtenido una pensión que dejaba completamente en la sombra la de un mariscal de campo.

Sin embargo, el país todavía no estaba irremediablemente condenado. Un sistema de intriga y chantaje, perfeccionado por las clases gobernantes hasta el más alto grado de eficiencia, actuaba como un poderoso contrapeso. En teoría todos eran iguales; en la práctica los funcionarios permanentes, verdaderos gobernantes del país, eran un cuerpo de hombres distinguido y digno de confianza. Su interés era gobernar bien, pues cualquier perturbación civil o exterior sin duda habría avivado las chispas del descontento hasta convertirlas en la llama rugiente de la revolución.

Y descontento lo había. Los queseros que no habían prosperado estaban muy resentidos contra la Cámara Alta; y los que habían fracasado en los exámenes escribían espantosas diatribas contra la insensatez del sistema educativo.

El problema era que tenían razón; el gobierno era bastante bueno en los hechos, pero en teoría apenas se sostenía en pie. Ante el clamor creciente, las clases oficiales estaban inquietas; pues muchos de sus miembros eran lo bastante inteligentes como para ver que un sistema completamente irracional, por bien que funcione en la práctica, no puede sostenerse para siempre contra los ataques de quienes, aunque se los tache en secreto de doctrinarios, pueden presentar argumentos irrefutables. El pueblo tenía poder, pero no razón; por eso se dejaba llevar por las falacias que tomaba por razón, y no por el poder, que habría tomado por tiranía. Una plebe sin luces es dócil; una canalla instruida espera que todo sea lógico. Los sofismas superficiales del socialista eran inteligibles; no podían ser refutados por las proposiciones más profundas, y por lo tanto ininteligibles, del conservador.

La turba podía entender el parecido superficial de los bebés; no se le podía hacer entender que las circunstancias de la educación y del ambiente constituían solo una pequeña parte del equipamiento de un ser consciente. El brutal y verídico «No se puede hacer una bolsa de seda con la oreja de una cerda» había sido olvidado en favor de las falacias suaves y plausibles de escritores como Ki Ra Di.

Tan grave se había vuelto la situación, en efecto, que las clases gobernantes habían abandonado por insostenibles todos los

dogmas del Derecho Divino y otros semejantes. La teoría de la herencia se había derrumbado, y el ennoblecimiento de los queseros la volvía no solo falsa, sino ridícula.

En consecuencia las encontramos ocupadas en la necia tarea de defender las anomalías que asqueaban a la nación mediante una campaña de sofismas burdos y venales. Estos no engañaban a nadie, y solo infundían al desprecio, que podría haber sido inofensivo, un odio que amenazaba con hundir a la comunidad en un abismo de las más formidables convulsiones.

Tal era el filo de navaja sobre el que caminaban los pies vacilantes de la república cuando, unos pocos años antes de la fecha de mi visita, el filósofo Kwaw desembarcó en Nagasaki tras una estimulante travesía a nado desde el continente.

II

(«De pie, solo»)

Kwaw, cuando cruzó el Mar Amarillo, tenía cumplidos treinta y dos años. Los veinte equinoccios anteriores habían pasado sobre su cabeza mientras vagaba, único habitante humano, entre las ruinas colosales y sin embargo innobles de Wei Hai Wei. Sus únicos compañeros eran el león y el lagarto, que frecuentaban los restos desmoronados de los alojamientos de los oficiales; mientras que en el pequeño cementerio los cascos del asno salvaje golpeaban (inútilmente, si es que deseaba despertarlos) las tumbas de los deportistas que en otro tiempo llenaban aquellas salas desoladas.

Durante ese tiempo Kwaw dedicó toda su atención a la búsqueda de la filosofía; pues las enormes cantidades de excelentes provisiones abandonadas por los británicos no le dejaban preocupación alguna en materia de hambre.

En el primer año disciplinó y conquistó su cuerpo y sus emociones.

En los seis años siguientes disciplinó y conquistó su mente y sus pensamientos.

En los dos años siguientes había reducido el Universo al Yang y al Yin y a sus permutaciones en los trigramas de Fo-hi y los hexagramas de King Wu.

En el último año abolió el Yang y el Yin, y se unió al gran Tao.

Todo esto resultó muy satisfactorio para Kwaw. Pero aun su constitución de hierro se había visto algo menoscabada por la invariable dieta de conservas enlatadas; y quizá solo en virtud de este talismán

NAHARIAMA A Q H E A Q R I A Q M QA A

logró su famoso intento de superar las hazañas del capitán Webb. Y su recibimiento no fue menos que un triunfo. Una nación tan atlética como todavía lo eran los japoneses no podía dejar de honrar una proeza tan soberbia, aunque les costó caro, ya que la Liga Naval (mediante una astuta serie de maniobras políticas) obligó al partido en el poder a triplicar la Marina, construir una línea continua de fuertes alrededor de la costa y gastar muchos miles de millones de yenes en la cría científica de una especie de tiburón más voraz que las que hasta entonces habían infestado sus costas.

Así que llevaron a Kwaw en andas hasta el Yoshiwara, le estrecharon efusivamente la mano, sacaron a los indios, se apropiaron de sus efectos personales como reliquias y siguieron en todo lo demás las costumbres de la mejor sociedad neoyorquina, mientras la Banda Alemana acompañaba al famoso Ka Ru So en la siguiente deliciosa balada:

Coro. ¡Toquen el tantán, golpeen la flauta!
¡Estemos todos alegres!
Soy un sujeto con aguda
beriberi crónica.

El lunes soy un bicho flaco,
bastante a lo Félicien Rops.
¡Soplen el címbalo, golpeen la cítara!
El martes tengo hidropesía.

Coro.

II

El miércoles vienen síntomas cardíacos;
el jueves, diabéticos.
¡Soplen el violín, rasgueen el tambor!
El viernes estoy parético.

Coro.

III

Si el sábado mis enemigos
se juntan en legiones cerradas,
entonces, el domingo, supongo,
¡estaré beriberiado![1]

Coro.

No hace falta conocer íntimamente el carácter japonés para entender que Kwaw y su hazaña quedaron olvidados en muy pocos días; pero a un acaudalado daimio, aficionado a la observación, se le ocurrió preguntarle a Kwaw con qué propósito había entrado al país de manera tan extraña. Simplificará las cosas que reproduzca *in extenso* la correspondencia, que se llevó a cabo por telegrama.

(1) ¿Quién es su honorable persona, y por qué su excelencia nos ha hecho a nosotros, ganado, el distinguido cumplido de una visita?

(2) Este gusano repugnante es el gran Tao. Humildemente suplico a su sublime esplendor que pisotee a su esclavo.

(3) Lamento: gran dedo del pie ininteligible.[2]

(4) Gran Tao: T. A. O.: Tao.

(5) ¿Qué es el gran Tao?

(6) El resultado de restar el universo de sí mismo.

(7) Bien, pero este perro en descomposición no puede conceder el sublime deseo de su honorable excelencia, sino que, por el contrario, rogaría fervientemente a su brillante serenidad que escupa sobre su rastrero «joro».

(8) Un pensamiento profundo asegura a su suplicante con cabeza de escarabajo que su gloriosa nobleza debe encontrarse con él antes de que la controversia pueda decidirse.

(9) Cierto. ¿Se dignaría su sublimidad a mancillarse entrando en la miserable choza de este barrendero de estiércol?

(10) Espere dragón leproso con beriberi en el magnífico palacio celestial de su alta majestad mañana (jueves) por la tarde a las tres en punto.

Así se encontraron Kwaw, el poeta y filósofo de China, y Juju, el padrino de su país.

¡Momento sublime en la eternidad! ¡A los nombres de Josué y de Ezequías añádase el de Kwaw! Pues aunque llegó un cuarto de

hora tarde a la cita, las agujas retrocedieron en la esfera del cronómetro de Juju, de modo que ninguna sombra de desconfianza o de fastidio nubló el arrobamiento de aquel acontecimiento supremo.

III

(«La manifestación de la simplicidad»)

«¿Qué recomiendas», dijo Juju, «oh gran Tao, como remedio para los males de mi desdichado país?»

El sabio respondió lo siguiente:

«Oh poderoso y grandilocuente daimio, vuestra aristocracia no es una aristocracia porque no es una aristocracia. En vano procuráis alterar esta circunstancia pagando a las alimañas nocivas del Dai Li Pai Pur para que escriban necias falsedades sosteniendo que vuestra aristocracia es una aristocracia porque es una aristocracia.

»Así como Heráclito superó la antinomia de Jenófanes y Parménides, de Meliso y Zenón de Elea, del Ens y el Non-Ens mediante su Devenir, así permitidme deciros: la aristocracia será una aristocracia llegando a ser una aristocracia.

»Ki Ra Di y sus amigos de cara sucia quieren nivelar hacia abajo la buena práctica hasta la mala teoría; vos deberíais oponeros a ellos nivelando hacia arriba la mala teoría hasta la buena práctica.

»Vuestros envidiosos se jactan de que no sois mejores que ellos; probadles que ellos son tan buenos como vos. Hablan de una nobleza de necios y de bribones; mostradles hombres sabios y honrados, y el jengibre socialista ya no quemará en la boca individualista.»

Juju gruñó en señal de asentimiento. Casi se había dormido, pero Kwaw, absorto en su tema, nunca lo notó. Continuó con la presteza de una aplanadora a vapor y el vigor directo y resuelto de una mariposa hipnotizada. «El hombre se perfecciona por su identidad con el gran Tao. Subsidiariamente debe haber equilibrado perfectamente el Yang y el Yin. Más fácil aún es gobernar la estrella séxtuple del Intelecto; mientras que para el vulgo el dominio del cuerpo y sus emociones es el primer paso.

»El equilibrio es la gran ley, y el equilibrio perfecto es coronado por la identidad con el gran Tao.»

Subrayó esta sublime afirmación con un golpe deliberado sobre el abdomen prominente del digno Juju.

«¡Os ruego que continuéis vuestro honorable discurso!», exclamó el daimio, medio despierto.

Kwaw continuó, y creo justo decir que continuó durante largo rato, y que, puesto que usted ha sido lo bastante tonto como para leer hasta aquí, no tiene excusa para ser lo bastante tonto como para seguir leyendo.

«La fenacetina es una droga útil en la fiebre, pero ¡ay del paciente que la ingiera en el colapso! Porque el calomel es un remedio peligroso en la apendicitis, no condenamos su uso en las indigestiones simples.

»¡Como arriba, así abajo!, dijo Hermes el tres veces grandísimo. Las leyes del mundo físico tienen un paralelo exacto en las de la esfera moral e intelectual. A la prostituta le prescribo un curso de entrenamiento por el cual comprenderá la santidad del sexo. La castidad forma parte de ese entrenamiento, y espero verla algún

día esposa y madre feliz. A la mojigata le prescribo igualmente un curso de entrenamiento por el cual comprenderá la santidad del sexo. La falta de castidad forma parte de ese entrenamiento, y espero verla algún día esposa y madre feliz.

»Al fanático le recomiendo un curso de Thomas Henry Huxley; al infiel, un estudio práctico de magia ceremonial. Luego, cuando el fanático tenga conocimiento y el infiel fe, cada uno podrá seguir sin perjuicio su inclinación natural; pues ya no se arrojará a sus excesos anteriores.

»Así también la que era prostituta por pasión innata podrá entregarse sin peligro al placer del amor; la que era fría por naturaleza podrá gozar de una virginidad en modo alguno empañada por su curso disciplinario de falta de castidad. Pero la una comprenderá y amará a la otra.

»Se me ha acusado de atacar lo que comúnmente se conoce como virtud. Es cierto; la odio, pero solo en el mismo grado en que odio lo que comúnmente se conoce como vicio.

»Así debe reconocerse que quien está apenas levemente desequilibrado necesita una corrección más suave que quien está obsesionado por el prejuicio. Hay hombres que hacen un fetiche de la limpieza; trabajarán en un taller de ajustador y aprenderán que la suciedad es la marca del trabajo honrado. Hay quienes tienen la vida amargada por el miedo al contagio; ven bacterias de la clase más mortífera en todas las cosas, salvo en las soluciones mismas de ácido carbólico y cloruro mercúrico con que combaten histéricamente a sus enemigos invisibles; a esos

los mandaría a vivir en el bazar de Delhi, donde quizá aprendan que la suciedad, después de todo, importa poco.

»Hay hombres lentos que necesitan unos meses de experiencia del ajetreo de los corrales de ganado; hay hombres de negocios apurados, y estos viajarán por el Asia Central para adquirir el arte del reposo.

»Basta en cuanto al equilibrio; y durante dos meses de cada año cada miembro de vuestras clases gobernantes se someterá a este entrenamiento bajo consejo experto.

»Pero ¿qué hay del Gran Tao? Durante un mes de cada año cada uno de estos hombres buscará desesperadamente la Piedra de los Filósofos. Mediante la soledad y el ayuno para los sociables y amantes del lujo, mediante la borrachera y el desenfreno para los austeros, mediante el flagelo para los que temen el dolor físico, mediante el reposo para los inquietos y el trabajo para los ociosos, mediante las corridas de toros para los humanitarios y el cuidado de niños pequeños para los insensibles, mediante rituales para los racionales y mediante la filosofía para los crédulos, procurarán estos hombres, mientras estén todavía desequilibrados, alcanzar la unidad con el gran Tao. Pero a aquellos cuyo intelecto esté purificado y coordinado, a aquellos cuyos cuerpos estén sanos y cuyas pasiones sean a la vez ardientes y dominadas, les será lícito elegir su propio camino hacia la Única Meta; *videlicet*, la identidad con aquel gran Tao que está por encima de la antítesis del Yang y el Yin.»

Hasta Kwaw se sintió cansado y se aplicó al saké con soda. Ya repuesto, continuó: «Los hombres que estén dispuestos por este

medio a convertirse en salvadores de su país se llamarán la Sinagoga de Satán, para así mantenerse a salvo de la amistad de los necios que confunden los nombres con las cosas. Habrá maestros de la Sinagoga, pero jamás procurarán dominar. Se abstendrán con el mayor cuidado de inducir a hombre alguno a buscar el Tao por otro camino que el del equilibrio. Desarrollarán el genio individual sin considerar si, en su opinión, su fruto tenderá al bien o al mal de su país o del mundo; pues ¿quiénes son ellos para interferir con un alma cuyo equilibrio ha sido coronado por el santísimo Tao?

»Los maestros serán grandes hombres entre los hombres; pero entre los grandes hombres serán amigos.

»Puesto que el equilibrio habrá llegado a ser perfecto, surgirá uno más grande que Napoleón, y los pacíficos se regocijarán por ello; uno más grande que Darwin, y el pastor dará gracias a Dios abiertamente desde su púlpito.

»El infiel instruido ya no se burlará del que va a la iglesia, pues se habrá visto obligado a ir a la iglesia hasta ver tanto lo bueno como lo malo; y el devoto instruido ya no detestará al blasfemo, porque habrá reído con Ingersoll y con Saladin.

»Dad al león el corazón del cordero, y al cordero la fuerza del león; y yacerán juntos en paz.»

Kwaw calló, y la respiración pesada y regular de Juju le aseguró que sus palabras no habían sido en vano; por fin aquella alma inquieta y atormentada había hallado el reposo supremo.

Kwaw golpeó el gong. «He cumplido mi tarea», dijo al obsequioso mayordomo; «ruego licencia para retirarme de la

Presencia.» «Ruego a su excelencia que me siga», respondió el suntuoso funcionario; «su señoría me ha ordenado velar por que a su santidad se le provea de todo cuanto desee.» Entonces el sabio rió en voz alta.

IV

(«Cosas que han de creerse»)

Pasaron seis meses, y Juju, removiéndose en su sueño, recordó los deberes de la cortesía y preguntó por Kwaw.

«Está en la finca de su señoría en Nikko», se apresuraron a responder los sirvientes, «y ha dado vuelta todo el lugar de arriba abajo. Se han gastado millones de yenes por mes; hasta ha hipotecado este mismo palacio en el que su señoría ha estado durmiendo; una banda de locos se ha apoderado de las riendas del gobierno...»

«¡La Sinagoga de Satán!», exclamó sin aliento el ultrajado daimio.

«... ¡y en todas partes se aclama a su señoría como el Padrino de su país!»

«¡No me digan que la guerra con los británicos ha terminado desastrosamente para nosotros!», y pidió el elaborado aparato del harakiri.

«Al contrario, mi señor: el ridículo Sa Mon, que nunca quería hacerse a la mar porque tenía miedo de marearse, aunque su genio para la estrategia naval no tenía igual en los Siete Abismos de Agua, después de un mes como polizón en un barco pesquero (por orden de Kwaw) asumió el rango de Almirante de la Flota y ha infligido una serie de derrotas completas y aplastantes a los almirantes británicos, quienes, aunque habían pasado toda la

vida en el agua, habían omitido incomprensiblemente adquirir un conocimiento verdaderamente exacto de los sistemas metafísicos de Sho Pi Naour y Ni Tchze.

»Además, Hu Li, el genio financiero, que hasta entonces había sido prácticamente inútil para su país a causa de aquella fealdad y deformidad que lo llevaban a rehuir la compañía de sus semejantes, fue obligado por Kwaw a exhibirse como fenómeno de feria. Quince días de esto lo curaron de la timidez; y en tres meses casi ha duplicado la recaudación y reducido los impuestos a la mitad. Su señoría ha gastado millones de yenes, pero hoy es un hombre más rico que cuando su excelencia se fue a dormir.»

«Iré a ver a ese Kwaw», dijo el daimio. Los sirvientes admitieron entonces que el Mikado en persona llevaba más de tres meses esperando a la puerta del palacio, con el propósito mismo de pedir permiso para conducirlo hasta allí, pero que no había querido perturbar el sueño del Padrino de su país.

Imposible describir la conmovedora escena en que estos dos seres magnánimos se fundieron (por así decirlo) uno en brazos del otro.

Llegados a la finca de Juju en Nikko, ¡qué asombro expresaron estos dignos personajes al ver los sencillos medios con que Kwaw había obrado sus milagros! En un claro de cerezos y de hibiscos resplandecientes (y de cualquier otro árbol hermoso que se le ocurra al lector) se alzaba un sencillo edificio de piedra, que después de todo no había costado millones de yenes, sino apenas unos pocos miles. Su altura era igual a su anchura, y su longitud igual a la suma de ambas, mientras que la suma de estas tres

medidas era exactamente igual a diez veces la edad de Kwaw en unidades del palmo de su mano. Los muros eran tremendamente gruesos, y había solo una puerta y dos ventanas, todas orientadas hacia el ocaso. No se puede describir el interior del edificio, porque hacerlo le arruinaría toda la diversión a los demás. En todo caso, hay que verlo para entenderlo; y allí sigue en pie hasta el día de hoy, abierto a cualquiera que sea lo bastante fuerte como para forzar la puerta.

Pero cuando preguntaron por Kwaw, no se lo pudo encontrar. Había dejado hombres entrenados para llevar adelante la disciplina y las iniciaciones, estas últimas el propósito principal del edificio, diciendo que extrañaba a los leones y lagartos de Wei-Hai-Wei, y que de todos modos hacía demasiado tiempo que no disfrutaba de un buen baño de mar.

Lamentablemente queda poco lugar a dudas de que la nueva y voraz especie de tiburones (en cuya cría el patriotismo japonés había gastado sumas tan enormes) es responsable de que nunca más se haya sabido de él.

El Mikado lloró; pero, animándose, exclamó: «Kwaw nos encontró hechos una turba confusa y airada; nos dejó una república diversa y, sin embargo, armoniosa; y no olvidemos jamás que no solo hemos desarrollado hombres de genio en todas las ramas de la vida práctica, sino que muchos de nosotros hemos visto nuestro equilibrio coronado por aquella gloria suprema de la humanidad, la realización de nuestra identidad con el grande y santo Tao.»

Con lo cual apartó no menos de trescientos sesenta y cinco días de cada año, y un día extra cada cuarto año, como días de especial regocijo.

---

1. (N. del T.) Juego de palabras del original entre *beri-beri* y *buried* (enterrado): «estaré beriberiado» equivale a «estaré enterrado». ↩
2. (N. del T.) El daimio entiende *Tao* como *toe* (dedo del pie), en eco del verbo *trample* (pisotear) del telegrama anterior; de ahí el deletreo de Kwaw en el telegrama siguiente. ↩

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar